

3. RESEÑAS

Figuraciones de la mujer lectora en el siglo XIX

FIGURATIONS OF WOMAN READERS IN 19TH CENTURY

Lectoras del siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina

Graciela Batticuore

Buenos Aires, Ampersand, 2017

Lectoras del siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina se inserta en lo que, desde principios del siglo XXI, ha ido configurando una genealogía crítica, en la que podemos incluir en la Argentina a Susana Zanetti y su *Dorada garra de la lectura* del 2002 o a Nora Catelli con *Testimonios tangibles, pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna* (2001). Se trata de una genealogía crítica que se pregunta sobre las mujeres lectoras no desde la historia del libro ni únicamente desde los datos empíricos de alfabetización, sino legitimando el valor de la ficción para pensar cómo entendieron la lectura y qué sentido le dieron distintas comunidades de mujeres y sus entornos en coyunturas específicas. Esta pregunta es particularmente importante en sociedades como las latinoamericanas, en las que no abundan testimonios ni registros sobre las prácticas lectoras entre mujeres, como sí ocurre, por ejemplo, con las escritoras inglesas del siglo XIX que estudia Kate Flint en su libro *The Woman Reader*. Para las lectoras latinoamericanas del XIX, en cambio, todo intento de comprensión pasa por la necesidad de imaginar a partir de lo apenas presente, e incluso, como señalaba Catelli hace casi dos décadas, en abierta contradicción con las cifras disponibles. Más que de un archivo exhaustivo de los registros de la lectura, entonces, en el libro

de Batticuore encontramos una memoria corporeizada, un repertorio de rastros y gestos, muchos de ellos efímeros, a partir de los cuales es posible imaginar posibles escenas de lectura.

La autora intenta responder, a partir de un corpus de pinturas, cartas, novelas, semanarios y películas, cuál es el saber hacer que implica la lectura entre mujeres y el imaginario que legitima su representación en cada caso. Pero, paradójicamente, el análisis de Batticuore no parte con una escena protagonizada por una mujer, sino con la imagen de un hombre leyendo el periódico: la pintura *Familia de don Pedro Bernal y una criada*, de Prilidiano Pueyrredón. Allí, la lectura entre mujeres queda solo como posibilidad, si pensamos que el hombre lee en voz alta para ellas o que al menos emite comentarios que ellas oyen al pasar y que van generando una cercanía con los impresos que no queda resuelta en la escena. La cultura impresa y las noticias forman parte de la vida de las mujeres que rodean al lector del cuadro, lo que permite pensar uno de los itinerarios que siguió la lectura para las mujeres en el período y que queda esbozado en el título de esta primera parte del libro: “La lectora de periódicos” (19). El dueño de casa es el mediador que posibilita el acceso de las mujeres a la prensa. Se trata de escenas que no revisten ninguna peligrosidad y que, sin embargo, desestabilizan de entrada la dicotomía entre lectoras y analfabetas respecto del acceso a la prensa. La lectora de la élite que lee una carta, un misal o un libro -una imagen más común en la época- no se abre a los asuntos públicos a los que remite la prensa, como sí ocurre en esta escena de lectura mediada por un hombre.

A partir de esta primera escena, Batticuore se pregunta cuándo aparece por primera vez la figura de la lectora de periódicos propiamente tal y la encuentra a inicios del siglo XIX, en una prensa que muchas veces insta de formas ambiguas a la lectura femenina y que muy pronto delimita a la lectora de élite de la lectora pobre. Pero una distinción más interesante que esta es la que hace Batticuore cuando distingue la mujer lectora como tema de la prensa masculina de la lectora de la corresponsalía femenina; es decir, aquellas primeras mujeres que aparecen como lectoras en los diarios, interpelando lo que se dice sobre ellas y queriendo plantear un punto de vista: suscriptoras, consumidoras de impresos, mujeres que defienden su derecho a la lectura. Un primer ejemplo de esta corresponsalía aparece así en el periódico *El Correo del Comercio* en 1812 y aunque, como admite Batticuore, podría tratarse de la impostación de un redactor del mismo diario que simula la reacción de un grupo de mujeres a los artículos que

el diario publica sobre educación popular de la mujer, sirve para modelar esa figura de la corresponsal.

Pero ¿es posible hablar también de lectoras reales en estos semanarios? (39). Y si es así, ¿qué tienen de reales? En Buenos Aires, señala la autora, existe una comunidad bien acotada de mujeres lectoras de la élite. Encarnación Ezcurra, la mujer de Rosas, fue una lectora de la prensa fuertemente comprometida con la actualidad política de su tiempo; también lo fueron las llamadas lectoras patriotas, que hicieron de la causa independentista su legitimación como lectoras y corresponsales en la prensa. En 1830 aparece *La Aljaba*, el primer periódico para mujeres dirigido por una mujer, Petrona Rosende de Sierra. De 1830 también es un diario dirigido a las lectoras rurales, *La Gaucha*, en el que se puede ver el desprestigio en el que han caído los libros respecto de los periódicos. Lo mismo muestra Medea, una lectora de periódicos de una conocida novela del período, *La gran aldea* de Lucio Vicente López de 1882.

Aunque en novelas como la de López la lectora de periódicos se muestra como una amenaza, es una imagen común en la prensa de fines de siglo XIX en periódicos anarcofeministas como *La Voz de la Mujer*, dirigido por Virginia Boltén, en los que las figuraciones de la lectora trabajadora rompen con cualquier tipo de alianza entre lectura y la mujer burguesa. Otro tipo de lectora, que conviene caracterizar un poco más aquí, aparece esbozada al finalizar el capítulo. Batticuore la encuentra en un cuadro de Martín León Boneo de 1900, llamado *Agencia de colocaciones*. En el cuadro, señala Batticuore:

... hay carteles, indicaciones, impresos: sobre el margen izquierdo, uno escrito en letras mayúsculas indica el lugar donde transcurre esta escena, una Agencia de colocaciones, a la que la gente acude en busca de trabajo, inducida por los avisos de la prensa (como sugiere la enfática presencia de los impresos en manos de los hombres que esperan en la sala). Además, sobre las paredes cuelgan varias litografías, una lámina y un calendario que marca la fecha, 7 de diciembre de 1900. Aunque el lugar es rústico, la pintura testimonia que la cultura letrada ya tiene su arraigo en la vida cotidiana de Buenos Aires, aun entre los sectores más modestos o carenciados de la sociedad de entresiglos (68-69).

Entre las preguntas que esta imagen suscita para la autora, está si esta mujer busca trabajo para sí o para el hombre de la casa, si llega tras

haber leído los avisos del periódico o porque se los leyeron, es decir, Batticuore se pregunta si la mujer de Boneo sabe leer o es analfabeta (69). Creo que esta pregunta insiste sobre el tema de qué consideramos analfabetismo en este período y de si la irrupción de los impresos nos obliga a redefinir estas categorías. Más allá de esta pregunta, creemos que el texto de Batticuore desestabiliza permanentemente esa dicotomía y nos lleva a pensar, en el caso chileno, si se puede hablar de analfabetismo o de “iletradas” entre mujeres que “leen” sofisticados juegos de horóscopo en los almanaques populares del período, que son capaces de leerse el futuro en las cartas que ya se imprimen en nuestras ciudades, como muestra en 1902 la novela *Juana Lucero* del chileno Augusto D’Halmar, o que siguen las narrativas de láminas seriadas en las cajetillas de cigarros que circulan y de las que nos habla el provocativo libro de William Acree sobre las lecturas cotidianas en el río de la Plata.

El capítulo dos habla de la lectora de cartas, otro tema que está en algunos textos anteriores como el de Zanetti, pero a partir de una mirada renovada que aborda el tema desde distintas aristas: como un género intensamente vinculado al amor y a la pérdida, al fetichismo y al dolor, aunque también a la política y al exilio. Por otra parte, y aunque en las cartas según señala Batticuore vemos un tránsito desde la lectura hacia la autoría, las novelas también hablan de otras posibilidades, como la de una autoría impostada, en aquellas mujeres que podrían ser engañadas por un hombre y firmar una carta sin escribirla o a veces sin entenderla, suscitando así la pregunta de cuánto sabe la mujer sobre lo que escribe o lee. Si bien Batticuore afirma que la novela romántica instala a la mujer como una lectora competente durante el XIX, esta última posibilidad parece reproducir la oposición entre lectura y escritura que el libro desmontaba previamente, en tanto ¿no es lo mismo decir que la mujer que firma no entiende lo que escribe que decir que tampoco entiende lo que lee? En este sentido, me parece que el texto termina sugiriendo también que la competencia que el romanticismo le concede a la mujer lectora se circunscribe a ciertos temas y géneros y que probablemente la política no es uno de ellos.

Un apartado muy original de esta parte del libro tiene que ver con la relación de la mujer analfabeta con las cartas y la precisión del tipo de competencia que la modernización del género implica. La anécdota de Juan Bautista Alberdi para ilustrar este punto en el semanario *La Moda* de Buenos Aires a fines de los treinta es sumamente ilustrativa. En oposición

a la sencillez de las cartas modernas, la “comadre analfabeta” (109), según Alberdi, no solo no puede escribir la carta por sí misma, sino que sigue apegándose a modelos arcaicos como las cartas virreinales y no organiza lo que quiere decir, no sabe cómo empezar ni cómo terminar una carta y por eso puede pedir, cuando dicta una, que quien la escribe reanude la escritura en el sobre una vez sellada la carta o no acertar a mandarla una vez escrita. Esto, nos recuerda Batticuore, muestra que la corresponsalía epistolar era un arte y un filtro social para muchas mujeres en la época, tanto como lo era una visita, y que podía ser tan intimidante como esta.

La lectura de una carta siempre encarna un peligro en estos casos y suscita múltiples preguntas: ¿qué sucede con las mujeres cuando leen, cuando escriben, cuando se conectan con el mundo a través de la escritura? “¿Hacia dónde las lleva la lectura?, ¿cuál es la relación entre lectura y escritura?, ¿cuál es el vínculo entre la lectura, la vida, el amor y la política?” (93). Pero Batticuore también se interesa por la función ejemplarizadora que tuvieron las cartas entre ciertos lectores y su función en la instrucción no solo de las lectoras, sino de importantes hombres del período, como el escritor Lucio Mansilla. Al recordar cómo su madre les enseñaba a leer, el ejemplo de Mansilla también le permite señalar la dimensión material de las cartas, las caligrafías como índice del carácter o el espíritu del corresponsal. Me parece muy importante que el texto marque este rasgo de las cartas manuscritas y las grafías como aspecto material de la lectura en relación con el carácter, no solo por la potencial nostalgia que lo manuscrito suscita hacia fines del siglo con la creciente irrupción de los impresos y la letra de molde, sino también por las ansiedades que despertará la letra de imprenta respecto de la posibilidad de la errata, la copia y la falsificación. Se podría proponer así que las cartas en el ejemplo de Batticuore de algún modo anticipan el vínculo entre letra manuscrita, carácter y delito en la criminología, y la grafología como una herramienta de la misma, en el fin de siglo. Pero volviendo a su análisis, hacia los ochenta se produce un cambio en la representación literaria y artística de la mujer lectora de cartas. En *Potpourri* de Eugenio Cambaceres aparece la figura de la adúltera, que muestra la crisis de las instituciones republicanas y de la sociedad porteña en su conjunto y vuelve a instalar el prejuicio que hermana la lectura de cartas con la amenaza moral.

La tercera categoría propuesta en el libro es la más estudiada, la lectora de novelas, pero Batticuore introduce una nueva perspectiva al explorarla

desde el cine del siglo xx, como en la relectura de Amalia, la heroína de José Marmol, que realiza Luis José Moglia Barth en 1936. Si bien las heroínas románticas del siglo xix que el cine del xx recupera muestran la persistencia de un tópico, el de la lectura en la mujer como la escuela del amor, como desborde o como descontrol, también muestran los desplazamientos de la agencia respecto de la lectura, en tanto la mujer ya no asiste a la lectura de un hombre, sino que es ella la que lee para él.

Hacia el final del libro, Batticuore enuncia, como ha hecho Juan Poblete en el caso de Chile, que es el auge de la novela lo que produce el gran aumento en la lectura entre mujeres al que asistimos durante el cambio de siglo. La lectura de novelas habría permitido el aumento y la diversificación de los públicos lectores entre las mismas mujeres y explica la proliferación de semanarios y magazines ilustrados y la posterior ola de revistas de circulación popular dirigidas a mujeres, como *La Novela Semanal* que estudió Sarlo en *El imperio de los sentimientos*. También se interesa por el fin de siglo como aquel momento en que la profesionalización de la literatura debilitará la moral como criterio de juicio para lo que leen y escriben las mujeres y, aunque la mujer lectora siga figurándose como un espejo deformante de los vicios de la sociedad, la mujer real accederá cada vez más a los libros e impresos que desea leer, sobreviviendo a las amenazas alarmistas de editores y educadores a lo largo del siglo. Así, el libro resulta un aporte clave respecto de las posibilidades metodológicas de abordar el estudio de la lectura entre mujeres en otros contextos y advertir que muchas veces hallar el rastro de los lectores implica redefinir lo que entendemos por lectura.

ANTONIA VIU

Universidad Adolfo Ibáñez

antonia.viu@uai.cl

BIBLIOGRAFÍA

ACREE, WILLIAM GARRETT. *Everyday Reading. Print Culture and Collective Identity in the Río de la Plata 1780-1910*. Nashville, Vanderbilt University Press, 2013.

- FLINT, KATE. *The Women Reader, 1837-1914*. Oxford, Oxford University Press, 1993.
- CATELLI, NORA. *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna*. Barcelona, Anagrama, 2001.
- POBLETE, JUAN. *Literatura Chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*. Santiago, Cuarto Propio, 2002.
- SARLO, BEATRIZ. *El imperio de los sentimientos*. Buenos Aires, Norma, 2000.
- ZANETTI, SUSANA. *La dorada garra de la lectura*. Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 2002.